

El frío Marta Sanz



Todo amor es la historia de un encuentro, es decir, la historia de un asesinato. Hay quien dice que el amor es una dependencia histérica y quien afirma que mera nostalgia de la inocencia y no falta quien señala que es pulsión incontrolable de la piel, inclinación del tacto hacia el tacto, consuelo de desposeídos, acicate para desclasados, patente de corso para criminales y poetas de la experiencia. Para los ateos más radicales, el amor sería, como el dinero, un aparato ideológico inventado por la burguesía para refrenar y torcer los movimientos de emancipación de los desposeídos. Los historiadores más conspicuos achacan su nacimiento en tierras provenzales, allá por el siglo XII, a una tropa de orfebres y alquimistas de la palabra empeñados en buscar alivios para la ausencia de Dios. El amor como ausencia real, agujero negro, negra sombra que me asombra. Sea lo que sea, desde el punto de vista literario, que es el que aquí nos reúne, el amor es sobre todo un gran campo semántico, un gran espacio narrativo.

Pero esta novela trata del desamor, es decir, del «te pido perdón por el daño que me hiciste» o, como cantaba Luis María Brox, del «primero me mato y luego te mato a ti». El amor que surgió del frío.

A mis amores añadidos
Charo, Ramón y Chema

1

Tú lo sabes ya de sobra, pero yo voy a repetírtelo. No me has dejado decir ni una palabra. Me has apartado suavemente; te has dado la vuelta. Cientos de kilómetros desperdiciados, la selección de cada viaje, ropa de muda, jerseys gordos, un par de pantalones, el libro de rigor, el que no leo porque me marea leer en los trayectos.

Era por la mañana, el frío me corta la cara, me deja blanca. Recuerdo, mientras camino hacia la estación, la tibieza húmeda del invierno en tu país. Tan dañina, se filtra por mi caja torácica, me reblandece los huesos; siempre que te veo, tirito y entonces no sé si estoy mojada o tengo miedo de pecar contra ese decálogo tuyo, que no me dejaste repasar antes de conocerte.

Aprieto el paso y llego al andén. Cómo te odio, cuando me contemplo, sola, entre tantas caras hostiles; cuando la vejez me reclama en cada anciana arrebujada, entre mantas y parapetos de cartón. O todo lo contrario, frente al hombre de traje y prensa que me pegaría una patada si me acercase a preguntar la hora, se correría de asiento, diría que es una vergüenza. Y esos perros de consigna, que te andan al paso, te acompañan y, por segunda vez, son abandonados.

El conductor del autobús revisa el billete y tiene dispuesto un comentario, sobre mi circunstancia de chica sola, que viaja sola, con una mochila que no sabe si puedo subir a la zona de pasajeros.

Podrían sentirse incómodos. No quiero estorbar, pero Mariano es condescendiente. Me lo permite todo. He sabi-

do que se llama Mariano, porque aunque me hubiese gustado dormir, no he podido evitar su charla con la radio. Mariano, Mariano, ¿y tus chicos?, ¿te has enterado de lo de Arturito?, hombre ¡que qué Arturito!, sí, hombre, sí, el chaval de la línea de Cuenca, Arturito, el Peli, claro, Mariano, el pelirrojo. Y a mí que lo del Peli no me importa, pero lo voy a recordar. Eso seguro.

Entre el ruido, voy dándole forma anticipada a nuestro encuentro. Me avergüenza, intuyo un aura de melodrama. Acaso sea esa, la manera de vivir tan pueril, como en una película, el mundo no es así, que me recriminas; recriminación, una de las contadas ocasiones en las que has abierto la boca para hablar de algo que no fuesen tus dibujos de mierda.

Pocas veces los asientos de autocar me habían tolerado tanto onanismo como el de esta mañana; están llenos de olores que me enferman, manchas de grasa inverosímiles, que entiendes al observar a la señora que va delante de ti, comiendo, esa que antes de alcanzar su destino se peina las puntas teñidas del pelo y se repinta los surcos de los labios y se lava las muñecas, el cuello, con un agua de colonia que sólo huele a agua estancada.

Voy rígida en mi lugar. No permitiré que me dirijan la palabra. No permitiré que nadie me ofrezca ninguna cosa; estoy hacia adentro y miro el paisaje acristalado que ofrecen los coches de línea. Quiero que se den cuenta de que tengo algo que hacer, de que ya he buscado distracción entre la tos burbujeante y el ronquido. Me aburro, pero estoy tensa y no comentaré nada.

Observo los monótonos personajes de los pueblos y escudriño entre las ranuras de las persianas para descubrir algo; si anochece, me gusta adivinar, por el color de la luz, por la intensidad que se transparenta entre las cortinas, cuál será la escena que la contraventana me oculta. Como si algo cálido se precipitara en las calles impersonales, que atraviesan autobuses de mediocre recorrido.

Pero, hoy, ya lo sabes, era por la mañana y las ventanas de las casas no sugieren cosa ninguna. Están más negras que las fachadas, que las bandas de cielo aparecidas entre filas de ladrillo. Lo único que espero es parar. Me da demasiado miedo pensar en tu recibimiento y, ahora, sé que no me equivocaba; intuyo que me desprecias. He estado pendiente de ti y, sin embargo, sé que cuando llegue me vas a retirar de tu lado, con mucha delicadeza, y entonces yo ya no sabré qué autobús coger, ni a qué hora, ni hacia dónde.

El vehículo se detiene. Taberna de pan, vino y queso, en la que ya sólo se venden cocacolas de máquina y pestiños exóticos, fabricados en serie, duros por una miel que te deja el paladar harto y el estómago pegado. Pienso que me hubiese gustado comerme un bocadillo y me siento perdida dentro de estos quince minutos de parada. Ya me he bebido la cocacola y me he paseado dibujando circunferencias.

Tengo frío pero, sobre todo, me veo ridícula y me escaipo para llamar por teléfono. Hay una cabina que, muchos como yo, usan de pretexto en un viaje en solitario; como si nos dijésemos los unos a los otros, viajo solo, pero vengo de alguien y voy hacia alguien, tengo amigos, mi madre se preocupa en casa por mi marcha y me fue a despedir; cuando llegue, me recibirán mis novios, mis compañeros del alma, los familiares que más necesidad tienen de mí, voy solo, pero no estoy solo. Y muchas veces, no es mentira lo que se grita al descolgar el auricular, seguramente es cierto, pero no significa nada. Te has marchado, tienes mala conciencia, reproches en la espalda, una rara convicción sobre el futuro, un destino del que desconfías y, efectivamente, estás solo.

El resto del viaje, un infierno; aunque, al menos, no tuve que angustiarme por tu gesto de bienvenida, una mueca. Sin saber si esa sonrisa lateral es amor o cansancio, date la vuelta o te necesito tanto que no te puedo soportar. Unos ojos ilegibles, como plomo condenando una pupila; detrás,

un cretino o un genio. Sólo me vino a recibir Blanca, la enfermera. Un montón de mierda que no te voy a perdonar.

2

Una luz limpia riega los cristales de la galería lateral. En la habitación 27, un hombre, con aspecto de muchacho, se despierta, se despoja de la manta que le cubre y pone sus pies descalzos en el pavimento. El suelo del pasillo refleja a Miguel. Se dirige al jardín por la puerta este. Balanceándose entre los dos lados de su cuerpo, avanza y se contempla invertido en las baldosas brillantes. Atraviesa el umbral y sigue caminando hasta la esquina de la casa, donde apoya la espalda y va dejándola resbalar, demoradamente, en el filo áspero de los ladrillos. Las rodillas se han ido flexionando, con los pies juntos, mientras las piernas se abrían hacia afuera. En posición de loto, mirando la claridad del día, sus pupilas se han convertido en dos alfilerazos.

Blanca llega y le coge por el codo; cada día, en ese preciso instante, Miguel levanta la cabeza y sonrío. Se levanta y acompaña a la enfermera, que retoma la galería para conducirlo al pabellón central.

El pabellón se utiliza como comedor, en una pequeña parte; está habilitado para sala de recreo. Las alcobas se disponen a lo largo de las dos alas del edificio; todas las puertas que dan a la galería este, tanto en el piso de arriba como en el de abajo, corresponden a dormitorios de individuos como Miguel. En el oeste, por el contrario, existen algunas que no son de madera maciza, pintada de color crema, sino que tienen un vano de vidrio esmerilado, por el que se descuelga un cartel de letras negras sobre fondo blancuzco, consultorio, farmacia, dirección, cuarto de enfermeras.

El personal suele dormir en sus propias casas, a no ser que les toque guardia; en ese caso, descansan en un cuarto situado en la segunda planta del ala oeste: carece de cama, pero tiene un diván y una pila de ducha; la terminal de un sistema de timbres conectados a todas las habitaciones resplandece roja, amarilla, verde, con clavijas y arandelas, en la blancura absoluta de una de las paredes.

El resto de la segunda planta del ala oeste lo ocupa una cocina enorme que, gracias a una escalera que entre peldaño y peldaño deja ver el abismo del suelo, conecta con el pabellón central. Más alto que las dos plantas de los laterales del edificio, este pabellón, posee una claraboya, de manera que la luz eléctrica sólo se hace imprescindible durante las horas más oscuras del día.

Los baños se ubican en otra dependencia, distante del bloque central en unos cincuenta metros, saliendo por la puerta de la galería oeste.

Cada ala tiene su vía de acceso a un jardín, que rodea toda la casa, en el extremo de la galería correspondiente. Un vestíbulo, con tres puertas, comunica el ala este y oeste con el comedor y sala de recreo, a la vez que sirve de recepción para las visitas.

Cuando Blanca y Miguel llegan al comedor, el resto de los internos ya ha empezado a desayunar. Una bandeja, muy cerca de las ensaimadas y los huevos revueltos con jamón, contiene una serie de pastillas multicolores; a su lado, como una pieza más del menaje, la pinza de lengua.

Miguel se sienta al lado de sus compañeros; bebe una taza de leche con cacao y se come deprisa los huevos. Al terminar, Blanca se aproxima a él. Lleva cinco píldoras distintas en la mano izquierda y, encerrada en el puño derecho, la pinza de lengua.

Los demás comensales se levantan y acuden a la bandeja de pastillas; una enfermera les entrega la dosis con un vaso de agua y, otra, les inspecciona la boca después de

que beben. Unos pocos, deben volver mansamente al principio de la fila.

Blanca da la vuelta a la silla de Miguel y se sienta frente a él:

—Hoy tienes visita, Miguel. Llegará sobre las tres, después de que hayas comido.

Él se limpia los berretes de yema de las comisuras de los labios.

La enfermera se inclina, casi rozándole la cara, abre la boca. Miguel la imita y ella introduce las cinco píldoras entre los dientes del paciente, que se mantiene inmóvil. La enfermera empuña la pinza y estira la lengua del sujeto, a la vez que, presionándole la frente, le obliga a echar la cabeza hacia atrás. Le suelta y él permanece quieto, en escorzo. Blanca le roza la campanilla con una torunda de algodón. Miguel da una arcada y, automáticamente, engulle. Tiene el cuello en tensión y la lengua, rígida, todavía prisionera. Después, igual que en el jardín, la mira y sonrío.

3

La vida, huyendo. Lo habitual, dos horas esperando a que un coche salga. Un coche con un destino adecuado. Blanca me acompaña, pero se marcha enseguida. Tiene que volver al sanatorio para vigilar la hora de la siesta. Una estación de autobuses, otra vez era de tren y ni siquiera podía llamársele estación a aquel apeadero entre dos pueblos.

Habíamos quedado en un punto impersonal del mapa. Así, nadie vencía. Llego a las cuatro de la mañana en un tren lleno de soldados de permiso. Un puente, el del día de difuntos; los soldados no tienen cara de ir a poner flores a sus muertos, tal vez se vayan a comer el potaje que su madre les prepare, a reconocer el escote de la novia eterna. Los militares charlan conmigo, me halagan, llevan su conversación hacia lo escabroso. A mí me gusta hablar de lo escabroso con los hombres. Detrás de cada sílaba se descubre un galanteo, un cuidado que no existe cuando las mujeres nos sinceramos o nos mentimos, siempre para sentirnos más fuertes respecto a la otra. Empieza la caricia como algo natural, involuntario. Yo me encuentro muy incómoda; no es la actitud lo que me molesta, sólo se trata de que no estamos uno a uno y mi pudor no es un espectáculo. Contraída en mi asiento, cada vez más pegada al respaldo, les esquivo, fijando la frente en el cristal de la ventanilla. Por fin he llegado. Los soldados se despiden de mí amigablemente, yo les sonrío, ya desde fuera del compartimento.

Cuatro de la mañana. Me he vestido de negro, camuflada toda la identidad dentro de un abrigo anónimo, como una simulación, un escondite del cuerpo en cada abultamiento de la lana. Tú debes llegar dentro de diez minutos, Miguel. Llevo semanas reconcomida por esos diez largos minutos que tendré que esperarte. Aguardo en un vestíbulo luminoso con nombres de trenes que pasan y no paran aquí; habrá uno que se detenga y sea el tuyo. Bajarás y, aunque juntos, nos veo indefensos, yo tímida y, muchas veces, sintiendo vergüenza de ti.

Salgo al andén, un tren descansa ya en la vía; la gente se apea con maletas marrones y bolsas de plástico. Tú no has bajado. Entro y me siento nuevamente en una silla metálica frente al panel de horarios. Leo. Era tu tren, no hay más trenes, no has bajado, no lo cogiste. Quiero marcharme y sigo esperando. Una voz me reclama por megafonía. El jefe de estación me da un teléfono y reconozco tu voz detrás del hilo. Me dices que viajabas en el tren que acaba de pasar por el andén donde yo espero, ese tren del que no te vi bajar. Estabas dormido, te has pasado de estación, no puedes coger un tren de vuelta hasta dentro de seis horas, dices «espérame». Cuelgas. No se me ocurre reprocharte nada, no me hubiese atrevido, pobre, tú también, separado, tenías que dejar correr el tiempo en un lugar ajeno. Has sido capaz de dormirte cuando sólo faltaba un segundo para estar conmigo. No has cumplido tu parte y ahora tengo que acurrucarme en una cantina sin nada, esperarte y recibirte con muy buena cara, la del placer de verte, la de olvidar mi angustia, esa que pongo cuando no quiero estropear nuestros contados fines de semana. Compensaré tus ojeras y tu remordimiento con un abrazo impropio, agradecido; al fin y al cabo, vas a rescatarme de la soledad de esos diez minutos que tanto me habían preocupado. Desde hace años, estoy cargando con tu parte y la mía, no creas que no me doy cuenta.

Ocupo mi lugar en un extremo, junto a un ventanal del receptáculo que sirve de cantina. Así cuando amanezca me dará el sol entre cristales. El local tiene la puerta abierta, pero no hay nadie despachando, ni siquiera aparecen esos borrachos que se juntan con los malos estudiantes para tomar otra copa en la última guarida que les deja la noche. Un único hombre, en el extremo opuesto del cuarto mal pintado, diagonalmente, me observa. Entre las manos tiene un vaso, derrama su contenido, un líquido acaramelado y rojizo, sobre el mostrador de la barra. El camarero ha debido de marcharse hace poco para echar un sueño. El hombre me está mirando de refilón y, cuando me vuelvo para estudiarle, calibrar al enemigo, hacerle saber que sé que me acecha, él rápidamente proyecta su gesto hacia un ángulo del techo. La luz es mala. Esconde a la fiera, la imagino agazapada entre los taburetes del antro. Voy a leer. No tengo nada de sueño. Voy a empezar a ignorar a ese ser a mis espaldas. Ya le olvido, leo, soy fuerte, quizá más fuerte que él. Tiene la respiración pesada. Sólo ha sido un despiste tuyo, Miguel, tú eres así, no significa nada, no es un mensaje, una muestra de mala voluntad. Lo acepto. El hombre lateral se está acercando. Voy a leer. He oído cómo su silla rozaba la cerámica sucia del suelo. No tiene por qué venir hacia aquí. Puede que se marche, ya escucho sus pies arrastrándose. Cada vez más próximos a mi nuca. Es mejor que no venga, que me deje en paz. En este momento, él está más indefenso que yo. Me habla. Es normal que me hable. Me entretendré, ya no estoy sola, tengo que aprender a entretenerme en las cantinas de estación mientras te espero. El hombrecito en sombras con su jersey de ochos. Su mirada es demasiado acuosa, el pelo demasiado rubio, tiene los dedos recortados, huele al alcohol que se enrancia en la piel. Me habla de su familia, pregunta por mí, incluso por ti, Miguel. Sabe que existes, que llegarás, pero parece que él no tiene intención de conocerte. No le asustas. El tiempo va pasando y el hombrecito me salva de la

monotonía de pensar en ti, de que el libro se me acabe, de tener que esperar mirando surcos en el yeso, manchas en cristales que ya empiezan a concentrar el calor de los primeros rayos de la mañana. Quiere que le acompañe a las vías y me dice que vamos a pasarlo muy bien. Veo las comisuras espesas de sus labios. Tiene la sonrisa despejada, pero cierta gordura le estropea. Yo podría besarle y notar que su boca también es caliente, que me recoge como otras y su saliva es tibia. Después me limpiaría sin que él me viese, sin ofender a nadie. Me dejaría abrazar y me erguiría para que rozase mis pezones con las uñas. Un rato hasta que llegaras, con el hombre que huele a leña reseca y a sudor de días. Ya estoy aburrida de estas moscas interiores, vamos a pasear. Se anima.

—No iré a las vías. Caminaremos por el andén y cuando quiera darme la vuelta, lo haré.

Me coge por el brazo, me da asco, no quiero. Volvemos al bar por separado. Ahora hay un camarero. Pido un café con leche y el hombrecito retoma su licor, me reprocha, no me hace el menor caso.

En el apeadero hay movimiento, en cualquier instante vas a aparecer. Pero que llegues, Miguel, ya es lo de menos, aunque yo me empeñe en alegrarme, te arriesgas porque sabes de mi persistencia, pero mi persistencia es por mí, eres un pretexto, Miguel, gracias por darme oportunidades de inquietud, yo pongo la carne, te duermes mientras yo me desvelo, mientras voy descubriendo el lado oscuro, esa misma cara con la que estás consiguiendo absorberme.

4

La ducha. Quince minutos de rebajar el sudor de los insomnios, de las pesadillas provocadas por la droga del buenas noches. Mes de abril. El agua sale a presión. Un chorro casi helado que, a veces, se entibia un poco para volver a ser como la barra de acero que apalea la espalda. Baños sin niebla, sin vapores de líquidos calientes. Los lavabos quedan definidos en la limpieza de líneas que da la congelación.

Los internos se quitan perezosamente la ropa. Es suya; el centro no se encarga de vestirlos, eso corre a cargo de sus respectivas familias. Se observa cierta coincidencia en la variedad. Los jerseys azules dejan ver camisas desgastadas por el roce de los miembros y, debajo, camisetas de tejidos ralos, de tirantes casi grises, remetidas entre calzoncillos de color sucio. Los bordes de las camisetas sobresalen entre las perneras del calzón, como el vuelo del tutú de una bailarina. Nunca llevan cinturones. Los ceñidores y las hebillas están terminantemente prohibidos por las normas de seguridad. Calcetines de rombos, abatanados por la transpiración reseca y vieja. Como capas progresivas de escama, cada prenda va desprendiéndose de la piel de los internos.

Entre duchas corridas de loza, desfilan cuerpos amoratados por debajo de los grifos. Muchos hombres se quejan. Las uñas de sus pies acumulan, cada día, residuos de pelusas con olor a jabón rancio. En las manos, manchas subcutáneas de nicotina y tinta. Con pasividad, se colocan debajo del chorro. Agachan la cabeza, evitando el contacto con el agua, que se rompe en las vértebras cervicales y resbala